

Literatura y sociedad: Una relación indisoluble

DELFINA COLLADO, una escritora cuya prolífica labor se ha visto manifestada con la publicación de cerca de 15 libros, la mayoría de los cuales abordan la temática infantil con toda la ternura y el cariño con que lo ha hecho una mujer, una psicóloga y una persona plenamente identificada con los niños, acaba de entregar a los lectores su libro, quizás, de más difícil producción, por la función referencial que en ella se manifiesta y que es el fruto de su experiencia con el mundo crudo y doloroso, pero real, que enfrentan nuestros infantes y adolescentes, víctimas de una sociedad cada vez más ajena al dolor que acompaña a estos días con día: Canto para no llorar.

Esta colección de relatos cuyo eje básico es la expresión testimonial de diversas situaciones encadenadas por el dolor y la desesperanza que agobian a nuestra población de infantes y adolescentes y que, más allá de la producción literaria como tal, establece una relación intertextual a partir de la explotación, de la degradación y del oscuro porvenir que acompaña a estos a lo largo de sus aún cortas existencias es el fruto de una labor cuyo doloroso parto

es el texto ya enunciado. Así, Collado Aguilar, a partir de sus textos, presenta una crítica ácida y reflexiva cuyo resultado es esta serie de relatos que asumen su función testimonial más allá del simple interés del entretenimiento que la literatura comporta. Tal producto, más que literario, deviene en la expresión necesaria que cobija al texto: la literatura debe erigirse como una voz insustituible, que debe apabullar este dolor de todos los días, de cada esquina, de cada calle...de miles y miles de "hogares". Esta voz desgarrada se hace literatura, se hace texto, se hace grito desesperado y que desespera desde el cual fluye un referente textual que interrelaciona todos los relatos, y no cuentos, de forma tal que produce una unidad discursiva indisoluble: las experiencias amargas de nuestros niños, víctimas de la humillación y de las congostas existenciales que rasgan la vida de los oprimidos, en una sociedad en la que las desigualdades sociales son manifiestas. Por lo tanto, los niños creen en una sociedad hipócrita que se oculta tras inicuas oraciones que únicamente permiten olvidar la miseria humana que se agita en nuestro entorno, en una sociedad en la cual pululan el dolor, el hambre,

la injusticia y la corrupción, a la par de otros antivalores que se afianzan ante la indiferencia casi total y las voces ahogadas de algunos pocos.

Ante tal panorama, no cabe duda de la clara equivalencia existente entre el título mismo con el desarrollo textual, en el que la referencia va más allá de una aparente parodia o de una contradicción para envolver de forma clara el sentido primordial del texto como interés primigenio: la crítica a la indiferencia descarada que desenmascara a una sociedad "pacifista" por naturaleza, y presenta el verdadero rostro de este pueblo que enajena a quienes en el futuro deberán asumir una función primordial en la conducción de nuestra Patria, pero que hoy, sin embargo, se ven sumidos en condiciones económicas paupérrimas o rodeados de padres, padrastos o familiares cuya perversión es la característica esencial de sus vidas y en la cual arrastran a quienes les rodean. Es así como, desde la introducción misma del texto de Collado, elaborada por Enrique Vargas, se hace alusión a este abierto sentido crítico que aborda el libro en general y que, tal como dice Delfina Collado, fue escrito con una lágrima permanente y una pena que poco a poco iba desgarrando el alma ante la amargura que representa el vivir el dolor de los otros, de los desposeídos, de los que sufren, de los marginados.

Por otra parte, cabe resaltar la relación intrínseca que dentro del libro como objeto más que como texto se da entre las ilustraciones que acompañan lo escrito y lo aludido, y el contenido mismo de cada relato. Tales ilustraciones se convierten, de esta forma, en otro referente textual en el que las figuras en blanco y negro simbolizan la atmósfera que prevalece al interior del texto y que devienen en un segundo desdoblamiento textual al lado de la expresión escrita. A estos se agregan, además, los títulos de los relatos como identificadores textuales del desarrollo de cada uno de los textos.

La temática, variada en gran parte de los relatos, enfoca las relaciones conflictivas dentro de los núcleos familiares, en los que padres e hijos o padrastos entran en total oposición, a tal grado que las familias se disgregan, producto de severos casos de degradación, en los que son los niños las principales víctimas de los maltratos y la injusticia y salvajismo de sus progenitores o de quienes se asuman como tales. Es así como los menores deben sufrir relaciones denigrantes, tristezas indescribibles y llantos permanentes que en ningún momento son buscados por estos sino que los sujetan, los aprisionan y los ahogan, aun contra su

voluntad, pues los mayores, como sujetos de opresión, establecen reglas en las que los niños se ven sometidos y despojados de sus derechos. Esa es la gran crítica que conlleva este texto, escrito con dolor, pero con plena conciencia de que el mundo y nuestra sociedad deben asumir el reto de dignificar a nuestra niñez, fruto y bastión de un presente que se perfila hacia un futuro cada vez más deshumanizado y que, no obstante, ha de asumir la responsabilidad de dirigir los destinos de un mañana que ya ronda los umbrales de la inmediatez.

Podría el ser humano, en su mayoría -pues si hay lamentables casos- permanecer tranquilo ante la violación a una niña de tres meses? La crudeza del texto "Hilachas", y la lectura de este y con este, hace imposible no sentir indignación ante la perversidad y el espíritu depravado de quienes atentan contra la inocencia de una criatura. Manchar la pureza de una niña de nueve años es sinónimo de un salvajismo inenarrable, que solo puede albergar una mente enferma. La sociedad permanece, muchas veces, incólume ante el dolor de los demás, pues no es su propio dolor,

porque este no se cuela por sus poros y no llega a su sangre...porque el dolor ajeno parece ser solo eso: una molestia de la cual no debemos conatinarnos. La sociedad sufre el oprobio de algunos, y sin embargo, se insiste en ignorarlo. El sufrimiento de los niños no debe ser extraño a nuestro ser cotidiano, aunque por eso se hace para oponerse a la iniquidad en la cual estos se ven sujetos. Es fácil odiar al que roba, pero ¿qué hemos hecho para impedir que llegue hasta ello? La vida no debe perderse en la vanidad de la existencia, sino que debe ser el motivo para seguir adelante, y si este motivo se lo robamos a nuestros infantes, nos estamos condenando a la autodestrucción. El reto por la dignidad humana se debe afrontar cada día y no esperar a contrarrestar el sufrimiento, el dolor y la muerte cuando ya han llegado por habernos ignorado antes. Tales parecen ser los planteamientos textuales de Delfina Collado, o al menos esta es mi lectura, motivada por el dolor de los niños.

Atuando a lo anterior, en este texto se perfila la desesperanza que acompaña a muchos de los personajes, la cual tiende una red al lector para que este, inmerso en la lectura, sea poseído por el texto y se posea de él. Solo así logrará percibir el verdadero dolor en las palabras de la niña-personaje que, víctima de la violación de su padre, expresa:



"Si yo no tomé esa decisión de ser madre. Fui abusada. Ni siquiera me había dado cuenta de lo que me había ocurrido. Yo no quería tener un hijo".

Tal como se manifiesta en la cita anterior, extraída del texto "La hija de la luna", la amenaza que se verge sobre los niños que sufren violencia y vejaciones se torna un mal latente en una sociedad enferma. La textualidad y el referente social deviene en intertextos en los cuales la confluencia se da en torno a la angustia de la cual son objeto muchos de nuestros infantes y jóvenes, tanto en el espacio rural como en el urbano. Y si tan fácil es arrancar una sonrisa como una lágrima, salta la triste paradoja de porque, en una búsqueda incansable de la felicidad propia, nos ufamamos en arrancar lágrimas a los demás, a los inocentes y abortamos la posibilidad de intentar extraer una sonrisa de ese pequeño que aún guarda un asomo de confianza en sus mayores. En concordancia con esta aseveración, uno de los personajes femeninos deja escapar una frase lapidaria que golpea el vacío infinito de su tristeza cuando, presa de la derrota y de la humillación, exclama: "Vacía de esperanza, mi soledad se hizo llanto" ("Mi soledad se hizo llanto"), expresión de un dolor que parece omnipresente, y que resume, en gran medida, la temática que encierra cada uno de los relatos. Esta es la rutina de muchos que hoy deambulan por las calles y que, presas del odio generalizado de quienes ignoran la historia de dolor, de llanto, de vejámenes y de hogares destruidos, levantan contra la sociedad deshumanizada esa voz implorante en pos de un mañana más digno que parece no llegar.

Canto para no llorar, una voz tras la que se oculta el mundo de sueños y desesperanzas, de anhelos y de fracasos de los niños y jóvenes que deambulan por las calles en busca de un motivo para seguir existiendo, en pos de una mano amiga que no llega, en pos de un porvenir que baña de oscuridad los anhelos perennes de quienes esperan un poco de amor.

"Oscar Gerardo Alvarado Vega
Filólogo y profesor universitario

